

Debates sobre la gestión del islam en Europa

Felice Dassetto

Université Catholique de Louvain
(UCL)

Desde la década de 1980, los países del norte de Europa primero y más tarde los países con una inmigración más reciente, como Italia o España, han empezado a tomar conciencia del carácter definitivo de la inmigración de origen musulmán. Al mismo tiempo, una parte de esta población ha seguido el camino que se inició en la década de 1970 y que consiste en hacer visible y en institucionalizar el islam en el espacio europeo. A modo de ejemplo, en el conjunto de países occidentales y en los actuales comienzos del siglo XXI, pueden contabilizarse unas 7.500 mezquitas y salas de oración,¹ lo que explica la importancia de la división de las poblaciones por lugares de culto. Si consideramos que el conjunto de los musulmanes europeos puede cifrarse en torno a unos 12 millones de personas, llegamos al resultado de que hay una mezquita por cada 1.600 musulmanes. Pero estos datos no son del todo exactos, ya que puede estimarse que no todo el conjunto de los musulmanes que viven en Europa se muestran religiosamente activos, sino que tan sólo un tercio lo son, en especial el colectivo de la población masculina adulta. Teniendo en cuenta este hecho, se llega al resultado de un lugar de culto por cada 600 musulmanes religiosamente activos.

La cuestión del interlocutor

El de los lugares de culto no es más que uno de los temas vinculados a la visibilidad institucional y pública del islam en Europa; entre dichos temas pueden citarse los de la enseñanza de la religión islámica, las escuelas islámicas, la fiesta de Aid el-Kebir y el sacrificio del cordero, la alimentación *halal* en los hospitales, el ejército o los comedores escolares, el derecho de familia, etc.

La gestión institucional de todos estos temas ha suscitado una demanda convergente por parte de los Estados y las autoridades públicas competentes, así como por parte de los musulmanes; es decir, la de saber quiénes son los representantes musulmanes. Al no estar naturalmente inscrita en el islam la cuestión de la autoridad en la lógica institucional de esta religión, las demandas y los intentos de unos y otros se orientan a inventar una instancia que sea capaz de representar a los musulmanes.

Este invento institucional es el resultado de una especie de intercambio entre las autoridades públicas y los musulmanes, que podría expresarse en los términos siguientes: el Estado os garantiza la posibilidad de gozar del mismo estatuto y las mismas ventajas institucionales y financieras de que disfrutaban los miembros de las otras religiones y, a cambio, vosotros garantizaréis una cierta regulación de la comunidad musulmana, especialmente en sus franjas extremas. Por otro lado,

dichos estatutos y ventajas son muy distintos entre los diferentes Estados, y dependen de las relaciones que históricamente se han ido creando entre dichos Estados y las religiones presentes en sus territorios.²

Tras la histórica situación de Austria heredada del Imperio Austrohúngaro, y de los acuerdos entre el Estado español y la comunidad musulmana, cabe destacar la elección, en Bélgica, del Consejo Superior de los Musulmanes y, en Francia, la del Consejo Francés del Culto Musulmán, así como las tentativas llevadas a cabo en Italia para llegar a un compromiso. Hasta en los países en donde este tema no está tan adelantado puede constatarse un intento por parte de las autoridades públicas en lo referente a hallar un interlocutor. Asimismo, en el plano de las instituciones europeas, y a pesar de que éstas no tengan demasiadas competencias en materia de religión (excepto en la cuestiones que se derivan de este tema, como la libre circulación de personas, el modo en que se sacrifica a los animales, etc.), se observan intentos –bien es verdad que a veces poco afortunados– para suscitar una representación islámica europea.

Los datos siguientes pueden servir para establecer un balance de la situación. En primer lugar, en todas partes –a escala nacional y europea–, por parte de los musulmanes se observan intentos de inventar, sobre nuevas bases, una instancia institucional que los reagrupe y represente ante los diversos Estados y las opiniones públicas. No obstante,

¹ Véase F. Dassetto, J. Nielsen, B. Marechal, S. Allievi *et al.*, *Muslims in enlarged Europe. Religion and Society*, Leiden, Brill, 2003, 370 pp.

² Sobre los aspectos teóricos de esta cuestión, véase F. Dassetto, *La construction de l'islam européen. Approche socio-anthropologique*, Paris, L'Harmattan, 1996, 383 pp. Para un análisis detallado de las relaciones institucionales entre los estados, las religiones y el islam, véase S. Ferrari: «The legal dimension», en F. Dassetto, J. Nielsen, B. Marechal, S. Allievi. *et al.*, *op. cit.*

estas tentativas han fracasado en parte debido a lógicas de organización dentro del propio islam. Pero, aun así, atestiguan el inicio de un camino lento y progresivo que intenta reunir las múltiples realidades musulmanas presentes en los distintos países europeos, que no sólo se diferencian por sus visiones del islam, sino también por sus diferentes tradiciones nacionales y culturales. La novedad de la experiencia europea del islam representada por estas diferencias está empezando a traducirse en un esfuerzo de convergencia. Al mismo tiempo, se trata también de buscar nuevas fuentes de legitimidad para esas autoridades inventadas en Europa. Así, por ejemplo, se puede ver –a petición de los Estados, aunque sin contar con ninguna razón de base– el hecho de que esas instancias se vean legitimadas a través de un proceso electoral. De una manera menos formal, también se pide que entre esas autoridades haya más líderes religiosos competentes y consensuados que «notables», a fin de que los primeros actúen como un vínculo entre los musulmanes y el contexto no musulmán, en especial el político y el mediático.

En el momento actual, es frecuente que los Estados intervengan de un modo bastante considerable en lo referente a apoyar estas iniciativas. Puede decirse que en los casos existentes, sin el papel legitimador –y algunas veces de «madrastra»– que desempeñan los Estados, dichas instancias representativas no habrían podido existir.

Y, por último, cabe constatar que la esperanza de los Estados en cuanto a asegurarse –por conducto de dichas instancias– la delimitación de la comunidad musulmana y el control de los grupos más radicales ha sido un fracaso. Esta tan esperada función es imposible. En cambio, no deja de ser cierto que el hecho de implicar a una parte de los musulmanes en la gestión de su culto los responsabiliza en cuanto a la postura que tomen respecto de los sectores más radicales. Pero el camino emprendido es muy lento; tras los atentados del 11 de septiembre, los «representantes» de los musulmanes han emitido declaraciones generales de condena, pero han tenido dificultades para expresarse respecto a la situación ante los miembros de su comunidad.

El retorno del velo

Entre los temas emblemáticos que han pasado a ocupar un lugar protagonista en el escenario de la gestión del islam está el del «velo islámico». En 1988, en la escuela francesa de secundaria de Creil, Francia, las alumnas musulmanas se negaron a quitarse sus tocados en el recinto escolar como signo de su pertenencia al islam. Al chocar de frente con la muy estricta ideología laica republicana de Francia, el asunto de del velo estalló, extendiéndose a numerosos países europeos. De nuevo se ha suscitado el debate, y no sólo en el ámbito escolar, sino también en numerosos sectores profesionales públicos o privados; es más, en muchos casos, las mujeres con velo se han visto excluidas del mercado laboral. Todo esto deja entrever cómo, después de que en las décadas de 1970 y 1980 se hubiera gestionado la integración de un islam «trasplantado», los debates relacionados con un islam en fase avanzada de «implantación» salen de nuevo a la luz. Es bien sabido que, detrás de la voluntad insistente y demostrativa, por parte de las mujeres musulmanas, de lucir el velo como símbolo, se esconden otras varias razones.

En primer lugar, la de una afirmación identitaria con frecuencia evocada: «soy musulmana y lo proclamo.» Es decir: es el medio que elige una parte de la juventud femenina, consciente de su pertenencia, para afirmar su identidad. Al mismo tiempo, como todas las adolescentes, de este modo las jóvenes se rebelan contra las instituciones, en este caso las escolares, utilizando los medios que les son propios –los de su cultura– y que, además, resultan muy pertinentes en un mundo en el que se valora la multiculturalidad.

Y no hay más. Quizá con su decisión de llevar el velo las jóvenes estén enviando varias señales a su propia comunidad de pertenencia. Una de ellas se refiere a su libertad, ya que las musulmanas desean circular libremente sin tener que sufrir el control, la provocación y el acoso insistente de sus congéneres masculinos, que dominan las calles de sus barrios. Otra está relacionada con el hecho de proclamar su propia libertad, en nombre del islam, frente a los matrimonios «arreglados» que, en algunos casos, sus padres y

madres continúan imponiéndoles en nombre de la tradición. O pudiera ser que estén intentando introducir en los barrios en que viven unas ciertas reglas de vida, que sus hermanos y primos parecen incapaces de respetar. Y, por último, quizá con ello pretendan hacerse deseables; es decir: islámicamente deseables. Así pues, quizá estén intentando competir en el mercado matrimonial con las mujeres que les están quitando los hombres que por naturaleza les corresponden, los musulmanes, especialmente porque a ellas la ley religiosa les prohíbe casarse fuera de su religión.

Quizá alguien diga que estos argumentos son sólo sociológicos y antropológicos y que en este tema intervienen otras razones mucho más fundamentales, como la del respeto a la ley religiosa. Y así es, ya que también hay una motivación más profunda y muy respetable: la de la aceptación de una obligación religiosa que, con frecuencia, en las sociedades laicistas se desprecia o se mira con un punto de sarcasmo apenas disimulado.

Con todo, es importante añadir que uno tiene la impresión de estar ante una obligación cuyas formas están construidas por ciertos intelectuales religiosos de nueva aparición. Lo que está en juego no es la obligación en general, sino una determinada interpretación de esta última.

La adopción del velo se reivindica también en los recintos escolares, en la administración pública y en los lugares de trabajo. Y las instituciones no contemplan esta práctica únicamente como una autoafirmación. Con frecuencia los docentes se sienten desconcertados y hasta están empezando a saturarse respecto de estas nuevas reivindicaciones: en el día a día resulta muy duro vivir la multiculturalidad, sobre todo cuando se suman los problemas propios de la adolescencia.

Del velo a la cuestión de lo religioso en el espacio público

Pero hay un hecho cuyo alcance el mundo de los musulmanes europeos aún no ha valorado por completo. En Europa, especialmente en la Europa multiconfesional y en fase avanzada de secularización, se ha establecido un

cierto pacto: el de vivir públicamente lo religioso con moderación. Desde hace una cincuentena de años éste es el pacto de la modernidad contemporánea. Y aunque ciertamente sea discutible, conviene tener presente que esta moderación de la expresión pública –religiosa o de toda identidad colectiva– es también la condición de la libertad individual. La moderación evita el «quién da más», la rivalidad y el enfrentamiento. El multiculturalismo y la cohabitación religiosa son posibles gracias a que existe una cierta moderación. En su gran mayoría los musulmanes aprecian la libertad con que pueden vivir su religión en Europa. Y tienen razón. Pero no deben olvidar que la moderación –la suya y la de todos– es la condición de dicha libertad.

En este punto podría objetarse que lo dicho no tiene en cuenta las evoluciones posmodernas, y que es posible que el velo sea tan sólo un símbolo más entre otros tantos. Alguien decide utilizarlo del mismo modo que elige vestir una camiseta con la imagen de Madonna o de una rana, o con la bandera de Estados Unidos. Y algo hay de eso, y las tiendas que venden moda islámica constituyen en parte una prueba de ello. Pero al mismo tiempo convendría no hacer una lectura demasiado culturalista de todas estas cosas. Las identidades y las culturas no son algo que flote en el aire y de procedencia desconocida. Aunque esta prenda de vestir pueda entenderse y producirse como un objeto cultural sin demasiada importancia, algunos pueden verla como un objeto que les

ayuda mucho a afirmar su identidad; otros, como un símbolo agresivo y, por último, también están los que ven en ella una señal de «prudencia» por parte de la mujer.

Éstas son algunas de las múltiples dimensiones que muestran la marcha de este largo trabajo de relación entre culturas –y quizá entre civilizaciones– que se desarrolla en la vida cotidiana y, que, paso a paso, aún está buscando la «mejor» hoja de ruta.

De la gestión del islam a su madurez

Como sucede con la gestión institucional, la cuestión del velo deja entrever uno de los mayores retos del futuro del islam europeo: el de la presencia de cuadros y de líderes bien formados. En un principio, los inmigrantes y los refugiados políticos de la primera época se encargaron de asumir el liderazgo musulmán. Posteriormente, las nuevas generaciones de inmigrantes y los líderes islámicos que fueron llegando se encargaron de seguir alimentando dicho liderazgo. A partir de la década de 1990 aparecerían los primeros líderes surgidos entre la inmigración europea. Suelen ser jóvenes, con frecuencia autodidactas, que han tomado conciencia de su pertenencia islámica, que se sienten responsables del devenir de su comunidad, y en especial del de las generaciones jóvenes, y que se han convertido en los animadores de un islam que se proclama cada vez más europeo. Además de estos líderes, des-

de hace algunos años cabe destacar la llegada de europeos (procedentes de la emigración o conversos) formados en las universidades islámicas saudíes o en otras. Algunas veces, estas personas –verdaderos profesionales y letrados del islam– vehiculan un islam marcado por el wahabismo saudí, rigorista y literal.

Así pues, el camino de la formación de líderes europeos del islam dista mucho de estar claramente perfilado. En consecuencia, la aparición de cuadros del islam –formados y plenamente integrados en el espacio europeo– será un reto determinante de los próximos años.

La dificultad estriba en que hoy en día, dejando aparte algunas iniciativas privadas, no se cuenta con nada sólido ni estructurado. Si un joven musulmán desea formarse en estudios islámicos de una manera sólida, en Europa no hallará, salvo raras excepciones, ningún lugar para proseguir sus estudios.

Esta falta de intelectuales y de cuadros sólidamente formados constituye una carencia de primer orden: en un momento en el que el islam europeo tiene que reformular el sentido de su europeísmo, en un momento en el que está obligado a posicionarse respecto a las grandes corrientes del islam mundial y a los poderes que lo animan, y en un momento en el que tiene que enfrentarse a la emergencia de un islam radical dentro de Europa, esta ausencia se nota mucho, a pesar de la generosidad de muchos musulmanes.

De que estos cuadros surjan, o no, podrá depender el modo en que transcurrirá la gestión del islam europeo.